

Lengua e identidad bajo presión: tensiones francófonas-anglófonas en Canadá en los 90

JOHN EDWARDS
St. Francis Xavier University, Canadá

RESUMEN

Mientras que muchos son conscientes de las recientes tensiones entre francófonos y anglófonos en Canadá, pocos son los que conocen cómo estas tensiones han influido a casi todos los grupos lingüísticos y culturales y las políticas del país. Así, junto a los mismos francófonos y anglófonos, encontramos que las cuestiones relacionadas con las poblaciones aborígenes, con los grupos canadienses anglófonos, y con los programas oficialmente patrocinados de bilingüismo y multiculturalismo están todas ellas en gran medida bajo el escrutinio social. El caso canadiense, intrínsecamente interesante por sí, es además una excelente ilustración de identidades en negociación y, consecuentemente, de temas lingüísticos, culturales, de etnicidad y de nacionalismo cuya importancia va más allá de las fronteras de Canadá.

INTRODUCCIÓN

Canadá constituye un contexto excelente en el cual observar lenguas —y, por tanto, identidades grupales— en contacto. En realidad, la mayoría de la gente es consciente, pienso, de las constantes tensiones lingüísticas, culturales y políticas en Canadá, tensiones animadas principalmente por las difíciles relaciones entre Quebec y el resto del país. La mayoría de la gente no es muy consciente, quizá, de que en este juego hay más actores importantes que meramente los nacionalistas francófonos de Quebec, y los anglófonos. No es suficientemente apreciado cómo el debate sobre el lugar que ocupa Quebec en (o fuera) de la federación

canadiense ha involucrado a todos los grupos, incluidas las poblaciones aborígenes y alófonas, y ha ocasionado un exámen en profundidad de todas las cuestiones que tienen que ver con la lengua, la cultura y las relaciones intergrupales. Consecuentemente, cualquier tratamiento de los problemas indicados en el título de este artículo debe hacerse desde una perspectiva más amplia de lo que en principio podría pensarse.

Los actores principales continúan representando (por el momento) sus papeles conocidos: la mayor parte de los francófonos de Quebec desean claramente cambios sustanciales en los acuerdos federal-provinciales, y algunos están comprometidos con una total independencia; los anglófonos y los alófonos debaten sobre cuánto cambio (si es que ha de hacerse alguno) debería ser llevado a cabo y, también, discuten sobre un replanteamiento de sus propias posiciones dentro del mosaico; los grupos aborígenes se mantienen firmes en que si cualquier estatus diferenciado (tal como el reclamado históricamente por Quebec dentro de Canadá) fuera ofrecido, ellos deberían seguramente ser los primeros y más obvios recipientes. También proclaman que sus miembros en Quebec no pueden ser sacados fuera de Canadá, en contra de su voluntad, por los secesionistas —suscitando de esta forma interesantes y engorrosas cuestiones sobre los límites de los derechos democráticos de secesión—. (Está claro, por cierto, que los nacionalistas de Quebec que sostienen que tienen el derecho de secesión —siguiendo un exitoso referéndum— negarían generalmente ese mismo curso de acción a los Cree de la Bahía James. *Quod licet Jovi non licet bovi*, después de todo, podría ser el lema de muchos grupos nacionalistas que tienen que enfrentarse con divisiones internas). Así pues, es importante darse cuenta de que el debate francófono-anglófono ha actuado, de hecho, como un catalizador para discusiones más amplias —en casi todas las circunscripciones electorales— sobre el perfil del país, sobre programas de ingeniería social patrocinados oficialmente (notablemente los de bilingüismo y multiculturalismo), etc. No es inapropiado sugerir que todas las afiliaciones grupales y todas las identidades (y todas las manifestaciones oficiales o no de apoyo a ellas) están ahora cambiando constantemente.

Todo esto está trazado, tal como fuere, en un cuadro de Canadá en el cual los problemas de identidad, de auto-definición, han estado sujetos a confusión y disputa por mucho tiempo. El panorama canadiense «clásico» ha sido a menudo caracterizado por las «dos soledades» de los hablantes del francés y del inglés —una frase popularizada por Hugh MacLennan en su novela de 1945 de ese mismo título. Dado que la frase ha venido a significar un abismo aparentemente insalvable, es interesante notar que MacLennan enfatizaba el significado original, tomado del poema de Rilke, en el que se encuentra la frase por primera

vez: «el amor consiste en ésto, que dos soledades se protejan, y se toquen, y se saluden la una a la otra».

La interminable búsqueda del Santo Grial de la identidad canadiense ha sido, y continuará siendo sin duda, una preocupación nacional (uso el término en sentido lato). Además, dada la situación geográfica, política y social de Canadá, es quizá comprensible que una gran parte de la búsqueda ha implicado normalmente mirar hacia el sur, intentando decir lo que no somos —i.e., intentando forjar una identidad mediante el distanciamiento frente a la de un vecino a veces arrollador. Una opinión extendida en la actualidad es que un nacionalismo pan-canadiense poco o nada desarrollado, comunidades fragmentadas, un gobierno federal debilitado, los negativos efectos del multiculturalismo oficial y —naturalmente— la reciente preocupación con Quebec, se han combinado para hacer a Canadá especialmente vulnerable a la americanización. Además, esta americanización es extremadamente ubicua y, en verdad, bienvenida por muchos canadienses, cuyas vidas, valores y aspiraciones se parecen cada vez más a las de quienes se sitúan al sur de la frontera.

La identidad canadiense es en cierto modo como un juego de muñecas rusas. La forja de un fuerte *ethos* general debe coexistir con los problemas a los que se enfrentan todas las sociedades modernas, liberales y democráticas, obligadas como están, por sus más profundos principios, a ser sensibles con el pluralismo interno. El tema, para Canadá, es particularmente apremiante dada (i) la proximidad a los Estados Unidos; (ii) la existencia de una muy considerable población alófona (las últimas cifras muestran que la población canadiense es en un 40% aproximadamente de proveniencia británica, un 30% francesa, y un 30% de «otras»); (iii) las circunstancias especiales que surgen del hecho de que existen, en este «país receptor» del nuevo-mundo, no uno sino dos así denominados «grupos fundacionales», dos «corrientes principales», podríamos decir.

Volviendo más directamente a las cuestiones que aquí nos ocupan: he analizado, en alguna otra parte, los eventos desde los años 80, hasta el referéndum de Quebec de octubre de 1995, y hasta mediados de 1996 (ver Edwards, 1994a, 1994b, 1995a, 1995b, en prensa). En este artículo continuaré la historia hasta el presente (primavera de 1997); facilitaré también una breve sinopsis de los eventos antecedentes —tal y como los analicé en más detalle en los artículos enumerados arriba— para contextualizar los acontecimientos más recientes. Es naturalmente valioso también considerar cómo el contexto canadiense puede ser ilustrativo de otros, de manera que intentaré enfatizar aquí alguno de los temas más amplios: lengua, nacionalismo, derechos de las minorías, y demás.

RESUMEN DE LAS DINÁMICAS POLÍTICAS CONTEMPORÁNEAS CANADIENSES

En 1981-82, la constitución de Canadá fue traída «a casa» desde Gran Bretaña, un acto final de ruptura. A esto le acompañó una Carta de Derechos y Libertades, una de cuyas secciones perfilaba los derechos de las minorías lingüísticas pensados para ser aplicados a todos los canadienses en un país oficialmente bilingüe. Quebec no firmó el nuevo acuerdo constitucional, en gran medida debido a la amenaza que se consideró representaba para la autoridad lingüística de la propia provincia, la cual se había movido progresivamente hacia el apoyo del francés (con, por ejemplo, la ley de 1974 que hacía del francés la lengua oficial de Quebec, y la famosa *Bill 101* de 1977, la Carta de la Lengua Francesa provincial). Aunque no fuera un signatario, Quebec estaba obligado por la Carta canadiense —obviamente un estado de cosas nada deseable. Se hicieron esfuerzos para traer la provincia de vuelta al redil constitucional, pero fracasaron —notablemente con el colapso del acuerdo *Meech Lake* en 1990, y el fracaso en 1992 del referéndum de Charlottetown, los cuales se dirigían ambos a conciliar de algún modo el estatus de «sociedad diferenciada» para Quebec con demandas del resto del país de que todas las provincias fueran tratadas igualmente. Ni que decir tiene que, estos fracasos fortalecieron el propósito separatista en Quebec, y el *Parti Québécois* (PQ), partido provincial a favor de la soberanía de Quebec, no perdió tiempo en pronosticar (de nuevo) que un Quebec independiente era la única solución al malestar constitucional. En septiembre de 1994 desbancaron a los Liberales de la provincia, consiguiendo 77 escaños frente a los 47 conseguidos por estos últimos (aunque su proporción del voto popular fue sólo marginalmente mayor: un 44,8% frente al 44,2%). Mientras que permanece incierto cuántos partidarios del PQ en esta elección estaban en realidad comprometidos con la idea de la soberanía de Quebec, está claro que todos sabían que el líder del partido, Jacques Parizeau, estaba decidido por la separación y que, en verdad, un referéndum provincial sobre esa cuestión seguiría a la victoria del PQ. El escenario quedó de esta manera preparado para la vital votación de 1995.

Inmediatamente después de su victoria, el Primer Ministro Parizeau —apoyado por el partido a favor de la soberanía de Quebec a nivel del gobierno federal, el *Bloc Québécois* (BQ), que se había convertido en la oposición oficial en las elecciones generales de 1993—anunció su deseo de convocar un referéndum provincial sobre la soberanía para julio de 1996. Las encuestas, sin embargo, mostraron que el apoyo a la soberanía estaba sólo alrededor del 42%; consecuentemente, el ánimo entre los federalistas estaba bastante relajado. Sin embar-

go, la presencia combinada del PQ y del BQ no podía ser ignorada, y algunas cuestiones flotaban en el aire. ¿Sería una declaración unilateral de soberanía hecha por el PQ legal y/o aceptable? ¿Debería ser aceptada una victoria en referéndum del 50% más uno de los votos por parte del PQ como suficiente para disolver el país? ¿Cómo podría ser constitucionalmente negociada la separación? ¿Presagiaría la secesión de Quebec la desintegración del resto del país? ¿Podría un Quebec independiente continuar usando el dólar canadiense? ¿Podrían los habitantes de Quebec mantener sus pasaportes canadienses? Estas y otros muchas cuestiones preocupaban a la opinión pública y ninguna de ellas se podía resolver. Mas, eran temas de interés puramente académico, ya que eran pocos los que otorgaban a los separatistas alguna oportunidad real de victoria en el referéndum.

En diciembre de 1994, Parizeau introdujo proyectos de ley para declarar la soberanía de Quebec, y una encuesta en enero reveló que alrededor del 46% de los votantes de Quebec estaban preparados para aprobar este documento. Al mismo tiempo, sin embargo, el 60% indicaba que dirían no a la pregunta, «¿Quieres que Quebec se separe de Canadá y se convierta en un país independiente?». Ésta es una interesante diferencia y revela lo que ha sido en años recientes una continua confusión pública —explotada tanto por los federalistas (quienes, naturalmente, quieren que solamente la pregunta «dura» sea planteada en un referéndum) como por los independentistas (quienes han mantenido, como queda implícito arriba, la inevitabilidad de todo tipo de lazos con Canadá después de una declaración de independencia). La diferencia es también de interés en el puro nivel lingüístico, en la medida en que demuestra el poder de palabras y frases específicas para alterar las respuestas —un fenómeno bien comprendido por todos los investigadores de encuestas—. En términos políticos prácticos, la diferencia forzó a los independentistas a «suavizar» la pregunta que había de ser presentada a los votantes de Quebec, para incluir en ella un referencia explícita a la asociación económica con Canadá. Al mismo tiempo, el PQ comenzó a plantearse seriamente retrasar el referéndum, hasta que el apoyo público aumentara. Ambas cosas, la alteración de la pregunta —alejándola de una formulación más simple y más directa— y el retraso no eran del agrado del mismo Parizeau, incidentalmente. Sin embargo, se convirtieron más y más en algo probable a medida que las encuestas en marzo de 1995 indicaban que el apoyo a la soberanía no había aumentado. No obstante, las encuestas también mostraban que la mayoría de los quebequeses (el 55% de todos los votantes; el 50% de los independentistas; el 65% de los federalistas) querían un referéndum para antes de final del año; de esta manera, una fecha de referéndum después de mediados del verano pero antes de final de año se presentaba como algo inexcusable. Las

encuestas en abril revelaron que, si la pregunta de referéndum ofrecía la soberanía acompañada de asociación económica, el 53% de los quebequeses votarían «sí». Los medios de comunicación no tardaron, naturalmente, en observar que el PQ estaría dando por supuestas demasiadas cosas —sobre el resto del país— si este tipo de pregunta fuera de hecho planteada; los políticos federalistas (incluido el Primer Ministro canadiense Jean Chrétien) anunciaron que ningún tipo de asociación podría darse por supuesta, y que los votantes no deberían hacerse ilusiones: el referéndum del PQ versaba sobre la separación.

El 8 de septiembre de 1995, Parizeau formuló la pregunta del referéndum (en la *Bill 1*), que se presentaría a los votantes —como anunció tres días más tarde— el 30 de octubre:

¿Está usted de acuerdo en que Quebec debería convertirse en soberana, después de haber hecho un ofrecimiento formal a Canadá para una nueva asociación económica y política, dentro del marco de esta ley, respetando el futuro de Quebec y el acuerdo firmado el 12 de junio de 1995?

Las encuestas inmediatamente anteriores al día del referéndum mostraban los siguientes resultados: 39% «sí», 46% «no», 15% «indecisos» (15-19 de septiembre); 47% «sí», 53% «no» (principios de octubre); 49,2% «sí», 50,8% «no» (14 de octubre); 50,2% «sí», 49,8% «no» (21 de octubre). Los federalistas empezaron, hacia principios de octubre, a preocuparse mucho: no solamente las encuestas daban los resultados que acabamos de mostrar, sino que (el 9 de octubre) el popular líder del *Bloc Québécois*, Lucien Bouchard, relevó a Parizeau (una figura consistentemente menos popular) como líder de la campaña del «Sí».

El referéndum provincial se llevó a cabo el 30 de octubre de 1995, y los resultados fueron un 48,5% «sí» (a favor de la soberanía), un 49,7% «no». Así, en unas elecciones con un increíble alto nivel de participación, la diferencia entre «sí» y «no» fue de tan solo 53,498 votos (de un total de 4,7 millones de votos emitidos). Las papeletas echadas a perder o invalidadas (1,8%) fueron superiores en número a la diferencia entre «sí» y «no».

El referéndum fue así perdido por los independentistas de Quebec; al país, que estuvo al borde de un abismo cuya naturaleza era escasamente comprendida, se le dió un respiro. Sin embargo, no hay duda de que la mayoría de los francófonos de Quebec votaron «sí» —aunque el análisis indica que muchos votantes del «sí» no estaban muy seguros de lo que en verdad estaban apoyando, y muchos otros estaban usando el voto para indicar, no el apoyo a la independencia de Quebec, sino más bien un gran descontento con el statu quo político —y así el tema permaneció (y permanece) sin resolver.

DESARROLLOS POST-REFERÉNDUM ESTRATEGIA FEDERAL

Después de la extremadamente ajustada «victoria», los federalistas —que habían estado excesivamente despreocupados al principio, y asustados del todo para el día del referéndum— necesitaron claramente reagruparse, y reconsiderar sus estrategias. Para mediados del verano de 1996, muchos sugirieron que el gobierno federal debería prepararse mejor para un probable referéndum futuro sobre la soberanía en Quebec; debería incrementar sus actividades del «Plan B». Este plan es una de las dos líneas de actuación principales de que consta la «estrategia» del gobierno: (i) «Plan A», que enfatiza la reconciliación con Quebec, y el deseo de reconstruir acuerdos constitucionales y de otro tipo para asegurar que la provincia permanezca en Canadá; (ii) «Plan B», la opción a veces denominada «duro amor». Ésta hace hincapié en una planificación más estricta en los preliminares hacia un referéndum, y para negociar con un Quebec que ha votado por la soberanía. Hay algunas dificultades con cada una de estas líneas de actuación. Por ejemplo, la acción federal basada sobre el amplio sentimiento, fuera de Quebec, de que no son indicadas nuevas concesiones (y que, por tanto, el «Plan B» debe ser llevado a cabo con mayor vigor) correría el riesgo de enajenar en mayor medida a los votantes más moderados, o todavía no comprometidos, en Quebec.

En septiembre de 1996, el Ministro de Justicia federal, Allan Rock, hizo hincapié en que cualquier pregunta de referéndum futura debería ser mucho más clara que la formulada en octubre de 1995. También pidió al Tribunal Supremo que legislara sobre algunas cuestiones fundamentales: ¿qué, de hecho, constituiría un voto afirmativo suficientemente alto en Quebec? ¿Quedarían vinculados los grupos minoritarios en la provincia (notablemente los anglófonos —concentrados mayoritariamente en Montreal y alrededores— y las poblaciones aborígenes) por tal voto?, esto es, ¿podrían ser sacados fuera de Canadá, en contra de su voluntad, por una decisión mayoritaria de los votantes de Quebec?. Si, después de un exitoso voto «sí», las negociaciones con el resto de Canadá fracasaran, ¿podría Quebec declarar su independencia de forma unilateral?.

Es interesante hacer notar la creciente discusión, en este momento, sobre la posibilidad de una partición interna de Quebec: es decir, ambos, los grupos nativos de Quebec y los anglófonos de Montreal —así como otros en el resto de Canadá— han sugerido que la lógica que permitiría a Quebec independizarse, sin duda permitiría también a «su» territorio rechazar la secesión. Es también interesante hacer constar que, al final de noviembre, los grupos nativos pidieron que las deliberaciones del Tribunal Supremo prestaran una atención particular a sus preocupaciones.

Una encuesta del *Globe & Mail/Environics* (con una muestra de aproximadamente 2.000 personas) de noviembre de 1996 mostró que la mayoría de los canadienses apoyaban el enfoque del «Plan B», y revelaban una actitud intransigente hacia cualquier propuesta de reconocimiento constitucional de Quebec como una «sociedad diferenciada» (un elemento principal del «Plan A») —aun cuando la encuesta también indicaba que tal reconocimiento empujaría probablemente a los llamados «nacionalistas blandos» de Quebec a permanecer en Canadá.

LA «SOCIEDAD DIFERENCIADA»

La cuestión misma de la «sociedad diferenciada» recibió atención renovada cuando, en octubre de 1996, los liberales federales reafirmaron su apoyo a tal concepto.

La idea de la especificidad de Quebec ha estado, naturalmente, en el centro de las disputas constitucionales por muchos años. (Otros conceptos o, al menos, otras frases han sido sugeridas periódicamente: la más notable aquí fue la desafortunada sugerencia de que Quebec debía de ser reconocida como el hogar principal de la lengua y cultura francesas; ver más adelante).

El intento de mantener una sociedad francófona en un mar Norteamericano cuarenta veces más grande hace comprensibles las preocupaciones acerca de la desaparición y la supervivencia. Uno puede ver por qué un reconocimiento por el resto del país del estatus «diferenciado» de Quebec ha sido un asunto tan importante (ahora, naturalmente, tendría que incorporar algún elemento político sustantivo para tener algún tipo de atractivo en Quebec). Tras el referéndum de octubre, el Primer Ministro Jean Chrétien promovió una resolución del Parlamento reconociendo la especificidad de la lengua, cultura y derecho civil de Quebec, pero ésto no tenía fuerza constitucional y por lo tanto fue juzgado por los nacionalistas de Quebec como un gesto vacío (otros líderes, en otras partes de Canadá, mantienen su repulsa hacia cualquier reconocimiento de ese carácter, aunque fuera débil; ver más atrás).

En abril de 1996, el ala de Quebec del Partido Liberal federal —confiando eludir el asunto de la «especificidad»— votó por un reconocimiento de Quebec como la «patria principal» de la lengua, cultura y tradición legal francesa en Norteamérica. Esta idea, sin embargo, encontró un amplio rechazo. Daniel Johnson, líder del Partido Liberal provincial, hizo notar que la noción de un hogar principal implicaba un repudio de muchos años de esfuerzos para obtener el estatus adecuado para Quebec; en cualquier caso, apuntó, «es como decir que Terrano-

va es una isla o que hay Rocosas en el oeste». La reacción del *Parti Québécois*, naturalmente, fue aun más significativa: la idea del hogar fue juzgada como basada en una definición étnica arcaica y pasada de moda (en verdad, la noción del hogar fue adoptada por nacionalistas franco-canadienses de la línea dura en el cambio de siglo, y ha sido desde entonces repudiada por todos los partidos políticos modernos). Así, la idea de la concesión de un estatus diferenciado para Québec se fue a pique de nuevo.

Por lo general, el reconocimiento de Quebec como una «sociedad diferenciada» parece ser ahora de poco interés en los círculos nacionalistas de Quebec —y, como se ha señalado más atrás, una opción persistentemente impopular en Canadá en conjunto. Sin embargo, a finales de 1996, Daniel Johnson reclamaba una cláusula «interpretativa» en la constitución canadiense para proteger el «carácter diferenciado» de Quebec, como parte de una propuesta para un federalismo renovado (i.e., actividad del «Plan A»), y solicitaba apoyo para ésto en otras provincias. En verdad, algunas otras provincias estaban intentando formular una política de reconocimiento de la «especificidad» de algún tipo.

LA AMBIVALENCIA DE QUEBEC SOBRE LA SOBERANÍA

En el propio Quebec, existe una volatilidad y ambivalencia desde hace mucho tiempo respecto a la soberanía. Winsor (1994) ha presentado una útil cartografía de ésto, basada sobre el trabajo de Cloutier, Gay y Latouche (1992) y Lisée (1994). Sus estudios perfilan los cambiantes niveles de apoyo para cinco diferentes «conceptos» de soberanía, apoyándose en los análisis de 165 encuestas llevadas a cabo desde 1960 (ver también Hamilton & Pinard, 1982, para un detallado análisis de eventos antes del referéndum de 1980, incluyendo los análisis de muchas de las encuestas revisadas por Cloutier, *et al.*). Hay mucho que discutir sobre estos datos y, como puede imaginarse, las fluctuaciones reflejan importantes eventos políticos durante los pasados treinta y cinco años. Aquí, sólo puedo señalar (ver Tabla 1; más discusión sobre el tema puede ser consultada en Edwards 1995b) lo que es inmediatamente obvio y de relevancia más actual: el apoyo a la independencia de Quebec es consistentemente más alto cuando esa independencia es descrita en términos «más blandos», cuando es presentada en conjunción con una asociación continuada y sustancial con Canadá —que, incidentalmente, las encuestas regularmente revelan mantiene una imagen muy positiva, incluso en las mentes de los nacionalistas más fervientes— cuando (en una palabra) aparece de la manera menos amenazante. Puedo

señalar, también, que una continuación de la Tabla 1 más allá de 1993 no alteraría el panorama general que aquí se muestra.

TABLA 1

APOYO CAMBIANTE A LOS CONCEPTOS DE SOBERANÍA

| <i>Periodo Temporal</i> | <i>Nivel de apoyo, en porcentajes, a:</i> | | | | |
|-------------------------|---|-------|-----|----------|---------------|
| | SEP | INDEP | SOV | SOV-ASSN | SOV-ASSN(Neg) |
| 1950-1964 | 8 | — | — | — | — |
| 1965-1969 | 10 | — | — | — | — |
| 1970-1974 | 13 | 27 | — | 32 | — |
| 1975-1979 | 19 | 20 | — | 31 | 49 |
| 1980-1985 | — | 20 | 18 | 39 | 40 |
| 1986-1989 | 37 | 32 | 41 | 46 | — |
| 1990 | 44 | 50 | 55 | 58 | 68 |
| 1991 | 42 | 46 | 53 | 60 | — |
| 1992 | 33 | 40 | 45 | 58 | — |
| 1993 | 33 | 39 | 49 | 58 | — |

Notas: SEP = Separación; INDEP = Independencia; SOV = Soberanía; SOV-ASSN = Soberanía-Asociación; SOV-ASSN(Neg) = Mandato de negociar soberanía-Asociación. (tomado de Winsor 1994)

La ambivalencia de los votantes de Quebec continúa. En una encuesta de Léger et Léger de unas 1.000 personas, en junio de 1996, alrededor del 65% dijeron que pensaban que Québec debería permanecer en Canadá. Sin embargo, solamente alrededor del 10% decían estar satisfechos con el presente statu quo constitucional —y un 55% votaría «sí» en un referéndum sobre la soberanía. Estas cifras, consideradas en conjunto, sugieren infelicidad con el presente estado del federalismo, y un deseo de ver replanteadas algunas cuestiones constitucionales. Al mismo tiempo, en las vísperas de una conferencia de Primeros Ministros, alrededor del 90% de los encuestados señalaron que los líderes deberían hacer hincapié en los asuntos económicos —y no en la constitución.

Encuestas posteriores mostraron alguna disminución del apoyo a la soberanía de Quebec. De esta manera, posteriores encuestas de Léger et Léger encontraron niveles de pro-soberanía del 53% (agosto), del 50% (septiembre), 49% (octubre) y 47% (noviembre); el apoyo al «sí» se incrementó de nuevo, al 52%, en febrero de 1997. En septiembre de 1996, el Primer Ministro Bouchard (que reemplazó a Parizeau como Primer Ministro de Quebec, y líder del *Parti Québécois*, poco después del referéndum de octubre de 1995) dijo que el próximo referéndum podría esperar hasta después de la siguiente elección provincial —a

dos o tres años vista— y la encuesta de octubre de Léger et Léger reveló que la mayoría de los votantes de Quebec estaban de acuerdo.

CUESTIONES DE LENGUA EN QUEBEC

Volviendo más específicamente a las cuestiones de la lengua en Quebec, vemos una vez más que los antiguos problemas y controversias continúan. En junio de 1996, Quebec introdujo la *Bill 40*: esta propuesta de legislación endurecería las restricciones sobre el inglés. En agosto, se nombraron nuevos inspectores para la *Office de la Langue Française*; la razón inmediata era el denunciado uso de letreros sólo en inglés en el interior de centros comerciales. El Primer Ministro Bouchard anunció que una aplicación más estricta de las leyes sobre la lengua podría ser en verdad necesaria. Tal anuncio, música para los oídos de los nacionalistas más extremistas de Quebec, es naturalmente garantía para el enfado y el miedo de las minorías lingüísticas de Quebec. Bouchard mismo es claramente consciente de la delicada línea que ha de ser seguida aquí, una línea que implica un apoyo para la francesización que es fundamental para la soberanía y el reconocimiento de algunos derechos lingüísticos a las minorías.

En agosto, empezaron los debates oficiales sobre la *Bill 40*, y la fuerza del sentimiento de la línea dura se hizo visible. Muchos nacionalistas abogaron por una abrogación de la existente *Bill 86* y una restauración de la más dura *Bill 101*. Al mismo tiempo, sin embargo, una encuesta de *Sondagem/Le Devoir* en septiembre encontró que un 85% en Quebec estaba a favor de conservar la *Bill 86* (aprobada en 1993, permite el uso del inglés en la señalización, siempre que el francés sea dominante).

En noviembre de 1996, fue anunciada una aplicación más rigurosa de las políticas sobre la lengua francesa para el servicio civil y para las corporaciones gubernamentales. En febrero de 1997, la percibida postura anti-inglesa era criticada de un modo más directo en el sector de los servicios sanitarios. La muerte por cáncer de un anglófono que no pudo entender las instrucciones de quimioterapia escritas en francés provocó una fuerte y predecible contestación.

CUESTIONES NATIVAS

En noviembre de 1996, grupos nativos de Canadá airearon mucho el hecho de que el gobierno hubiera dicho a un grupo de trabajo de las Naciones Unidas que creía que los indígenas tenían el derecho de autodeterminación. La declara-

ción del gobierno aquí fue tomada como una de las más claras expresiones hasta la fecha de que a un Quebec soberano no se le permitiría pasar por alto el deseo de los indígenas de permanecer siendo parte de Canadá.

Naturalmente, ha sido frecuentemente argüido por los grupos indígenas de Quebec que sus deseos deben ser respetados. La última afirmación de esta determinación vino en diciembre de 1996, cuando los Inuit anunciaron que el territorio norte de Québec debe permanecer en Canadá. A finales de enero de 1997, el gobierno de Quebec reiteró una de sus más enfatizadas opiniones: el Ministro de Asuntos Intergubernamentales, Jacques Brassard, dijo que un Québec soberano haría uso de la fuerza que fuera requerida para imponer su autoridad:

«Si Quebec se convierte en soberano, lo hará así con el territorio que controla en el presente... el gobierno de un Quebec soberano ejercerá una autoridad efectiva sobre todo su territorio. Ésto incluye partes de territorios o poblaciones que podrían votar mayoritariamente contra la soberanía durante un referéndum.»

El desarrollo más importante en términos de cuestiones relacionadas con los nativos en meses recientes fue la publicación, a finales de noviembre, de un informe de la *Royal Commission on Aboriginal Peoples*. Este informe —que tardó cinco años en hacerse, que costó alrededor de unos 58 millones de dólares, y que consta de más de 3.500 páginas— fue bienvenido por los grupos nativos, quienes fueron rápidos en decir al gobierno que sus recomendaciones no deben ser ignoradas.

Aspectos centrales del informe incluían lo siguiente:

(i) se debería hacer un reconocimiento, vía proclamación real, de errores pasados y de compromisos futuros; (ii) se debería crear un parlamento aborigen; (iii) el derecho inherente de autogobierno aborigen debería ser recogido en la constitución; (iv) el derecho a la autodeterminación se debería basar en un sentido colectivo de identidad nacional, como se refleja en la historia, lengua, tradiciones y una base territorial definida y de tamaño suficiente.

Todavía permanece por verse, naturalmente, cómo responderá el gobierno —y actuará sobre— las propuestas de la *Royal Commission*.

NACIONALISMO EN QUEBEC, LENGUA Y CULTURA

Es apropiado finalizar con esta sección ya que —aunque hay más actores en el actual drama canadiense— es Quebec la que provoca la mayor y más apremiante atención.

Una cosa es clara, creo yo: hay una grande y quizá insalvable brecha entre los soberanistas de Quebec y todos los demás, y gira en torno del nacionalismo. Para los primeros, Quebec es una nación que co-existe con otra, esencialmente anglófona, en el estado de Canadá; esta co-existencia, se considera ahora, no es por más tiempo sostenible y, dado el modelo histórico de lealtades nacionalistas, se ve como algo obvio que ha de romperse el lazo. La esperanza y la expectativa —incluso en los círculos más fervientemente pro-soberanía— es que, después de una tranquila y democrática secesión, estrechos vínculos de todo tipo serán de nuevo renegociados con el resto de Canadá. Hay, aquí, una reflexión exacta de la observación que John Stuart Mill hizo hace más de un siglo [1861 (1964): 361–366]:

«Si... no hay una aptitud natural o conveniencia en [nacionalidades] estar bajo el mismo gobierno... hay... una necesidad de romper la conexión por completo. Puede haber casos en los que las provincias, después de la separación, podrían permanecer útilmente unidas por un vínculo federal.»

Es precisamente esta fuerza del nacionalismo de Quebec, sin embargo, la que los no-soberanistas o bien no pueden reconocer o bien la rechazan vehementemente. Muchos caen dentro de la primera categoría, y simplemente no pueden comprender cómo una parte del país —lo cierto es que se trata de una provincia con una lengua diferente, un código civil propio, y demás— no puede verse a sí misma como sólo eso: una parte entre otras, bajo un amplio paraguas federal que ampara a diez provincias y dos territorios. Otros entienden bien las fuentes, el poder y el atractivo del nacionalismo de Quebec y están comprometidos a combatirlo —a menudo sobre la base de que el nacionalismo *per se* es un fenómeno regresivo y poco saludable, y que la tarea de Canadá, específicamente, es moverse firmemente hacia una identidad forjada por sus diversos elementos (siendo los francófonos uno de los más importantes, naturalmente). Ésta fue la postura firmemente adoptada por el anterior Primer Ministro Trudeau, y ha continuado siendo la política federalista —a veces con disfraces más diluidos, o peor articulados, u ocasionalmente inconsistentes.

Había sido siempre un axioma de fe entre los partidarios de la soberanía en Quebec que ellos eran democráticos en sus acciones y sus intenciones, que todos los residentes de la provincia —francófonos o no— eran Quebequeses. Así, por ejemplo, Parizeau reiteró en febrero de 1995 su compromiso de proteger los derechos de las minorías en Quebec (donde, incidentalmente, la misma idea de minoría es discutible: ¿deberían los anglófonos, por ejemplo, ser vistos como una minoría? ¿serían minoría los francófonos?). Naturalmente, la primera moti-

vación de los partidarios de la soberanía ha sido la protección de la lengua y cultura francófonas en Norteamérica, y su fin es la alineación de las fronteras nacionales con las del estado (ver Mill, citado más atrás).

Tanto antes como después del referéndum de 1995, algunos han sostenido la idea de que sería manifiestamente injusto si el destino del mayoritariamente francófono Quebec tuviera que depender de los votos de los anglófonos y alófonos. Públicamente, sin embargo (como señaló un líder en el *Globe & Mail* de Toronto el 1 de marzo de 1995), «los separatistas se indignan cuando otros sugieren que hay un reflejo de xenofobia en el nacionalismo de Quebec». Antes del referéndum, un miembro del *Bloc Québécois* preguntó por qué, «sólo por una vez», el referéndum no podía ser decidido solamente por «*old-stock Quebecers*» (los términos franceses aquí incluyen «*Québécois de vieille souche*» y «*Québécois pure laine*»). Como era de esperar, los líderes separatistas denunciaron tales arrebatos, pero algunos miembros pro-soberanía de las bases del partido eran claramente de ese parecer.

Fue en la misma noche del referéndum cuando esta cuestión se hizo más prominente. «Es verdad que hemos sido derrotados, pero básicamente ¿por qué?» dijo Parizeau. «Por el dinero y por el voto étnico». Un mes más tarde Pierre Bourgault, un veterano separatista y antiguo consejero de Parizeau, apoyó al Primer Ministro de Quebec: «Son los judíos, los italianos, y los griegos quienes votan en un bloque étnico. Ellos son los racistas, no nosotros». Bourgault añadió que esos grupos «no se ven a sí mismos como quebequeses, sino como judíos, italianos, griegos».

Para muchos, este tipo de comentarios sugerían que, en contra de las afirmaciones de los separatistas de que lo suyo era un nacionalismo cívico, el nacionalismo de Quebec era, después de todo, esencialmente un fenómeno étnico. En verdad, ellos han reabierto, en un sentido, el debate sobre si tal cosa como el nacionalismo étnico existe realmente. Parece que —aunque el concepto ha sido incorporado en algún discurso en inglés (ver, por ejemplo, Ignatieff 1993; Kymlicka, 1995; Smith, 1995)— la idea de un nacionalismo cívico tiene su más fuerte seguimiento en círculos franceses (ver Balthazar, 1995; Breton, 1988; Cahen, 1994; Schnapper, 1994).

La fuerza del nacionalismo «étnico» es, por definición, no racional. Ésto, en el caso de Quebec, es más claramente observable en la insistencia de los soberanistas en que mientras ellos tienen el derecho democrático a separarse, los grupos aborígenes en la provincia carecen de derechos nacionales y, por tanto, no podrían votar para separarse de un Quebec independiente (i.e., optar por permanecer en Canadá). Un desdén similar por parte de los soberanistas fue mostrado, después del referéndum, por la idea de que la lógica de la secesión de Quebec

debía de aplicarse también a las regiones en la provincia —¿por qué no una partición interna? ¿por qué no un Montreal como ciudad-estado? A finales de enero de 1996, Bouchard avivó el debate: «Canadá es divisible porque no es un país real. Hay dos pueblos, dos naciones y dos territorios. Y éste es el nuestro».

Recientes intentos para reincorporar a Quebec a la familia constitucional y, generalmente, para «resolver» el «problema» de Quebec han tenido que enfrentarse con intereses intensificados en esa provincia por la supervivencia, por la protección de la francofonía. Uno de los grandes cambios implicados en la «Revolución Pacífica» de Quebec en los años 60 —el proceso de modernización, secularización, creciente nacionalismo y un creciente sentido de ser *maîtres chez nous*— fue una drástica caída en la tasa de natalidad provincial. Habiendo sido una vez la tasa más alta en el mundo occidental, ahora permanece por debajo de la tasa de «reemplazo» de 2.1 (niños por mujer), a pesar de los incentivos monetarios del gobierno. La tradicional, católica *revanche des berceaux*, el viejo intento de dar la vuelta a la «conquista», no puede ser por más tiempo contemplado.

Las diversas medidas legislativas para proteger la lengua francesa —particularmente en la educación y en el lugar de trabajo— están también relacionadas con un miedo a desaparecer. En particular, los gobiernos de Quebec han intentado, con algún éxito, canalizar las elecciones lingüísticas de los inmigrantes en una corriente francesa, más que la inglesa tradicionalmente escogida. Y, también, se han hecho crecientes esfuerzos en años recientes para atraer inmigrantes de países de habla francesa. Muchos de estos inmigrantes francófonos, sin embargo, proceden de culturas y sociedades muy diferentes de Quebec; muchos, en verdad, son miembros de grupos de «minoría-visible». Ellos no se parecen, entonces, al *Québécois de vieille souche*. Este asunto, obviamente cargado de racismo (al menos potencialmente), emergió en un marco educacional cuando, en 1989, una encuesta preguntaba a los padres, «¿preferiría que hubiera escuelas para puros Québécois y otras para *ethnics*?» (ver Edwards, 1994a).

CONCLUSIONES

En 1985, el Comisario de Lenguas Oficiales de Canadá se vio obligado a declarar, en su informe anual, que: «Hemos sido testigos de una progresiva polarización territorial de la población canadiense en un Quebec más francófono y un Resto de Canadá más anglófono» (Fortier 1985:175).

Estaba describiendo una profundización de las «dos soledades» que señalé al principio, una intensificación provocada según parece por realidades y dinámicas

demográficas inexorables. Hoy —doce años después— esta polarización ha sido acentuada e incrementada por eventos políticos que han sacudido el país hasta sus raíces.

Espero haber sido capaz de presentar aquí algo del contexto en el cual se ha desarrollado este proceso. Como ya mencioné anteriormente, sin embargo, no es debido solamente a los dos «grupos fundacionales» canadienses que el panorama sociopolítico se haya alterado: todos los grupos, y muchas políticas sociales de amplia base, están actualmente en un estado de flujo.

La situación canadiense incluye así elementos que son de preocupación prácticamente mundial. Aunque —por supuesto— los diferentes contextos son únicos, sugeriría que la especificidad descansa a menudo en la particular configuración de los elementos relevantes, más que en los elementos en sí. Éstos incluyen cuestiones tales como la lengua y los programas lingüísticos, el multiculturalismo y el pluralismo, el tratamiento de los grupos minoritarios, la etnicidad, el nacionalismo, y la tensión a menudo manifiesta entre los derechos del grupo y del individuo. La hebra común que une estos tipos de elementos en diferentes contextos podría ser llamada identidades en transición.

Aparte del «caso» canadiense, por ejemplo, podemos también actualmente observar oportunidades para la reafirmación de nacionalismos y etnicidades sofocadas que son aprovechadas en Europa del Este y en la antigua Unión Soviética; podemos observar la inquietud americana con el multiculturalismo; y, podemos considerar una Europa en la que el continuo impulso del federalismo continental coexiste (a veces con dificultad) con demandas y políticas para un cada vez más importante reconocimiento de las minorías. En todo esto, uno puede discernir la negociación o renegociación de la identidad.

De hecho, dado que podríamos fácilmente ampliar la perspectiva geográfica que se acaba de mencionar, es claro que preocupaciones sobre diversidad y discordia, sobre derechos y responsabilidades individuales y colectivos, sobre pluralismo y unidad, son los temas sociopolíticos más importantes de nuestro tiempo. Las políticas de la identidad de finales del siglo veinte comprenden los problemas más apremiantes de nuestro tiempo, las más persistentes de las «quejas». Aunque las tensiones pueden implicar muchas especificidades —lengua, religión, sexo, clase, raza, geografía, y demás—; es la batalla por la identidad, por las raíces, por la «grupalidad», lo que está en su meollo.

Siendo ésto así, quizá sea apropiado finalizar aquí señalando algunos de los rasgos más generalizables que destacan en el marco canadiense (para una discusión más amplia, ver Edwards 1985, 1995c). Primero, y quizá lo de mayor importancia, es la demostración de que la lengua y las cuestiones culturales pudieran no ser siempre simplemente los «demarcadores» de otros problemas

más profundos. En el Canadá de hoy en día, está claro que está en juego una poderosa demarcación simbólica —pero, añadido a ésto, la fuerza del nacionalismo es por sí misma central en gran parte del debate. (No son los problemas sobre la privación económica o la carencia de representación política efectiva en la escena federal lo que caracteriza de forma más acusada al movimiento pro-soberanía de Québec, por ejemplo). Por supuesto, no es necesario decir que los problemas de nacionalismo lingüístico o cultural asumen mayor importancia en países que no son estados de una sola nación, o que contienen poblaciones minoritarias considerables; en este sentido, parte del especial interés de Canadá deriva de su dualidad interna (dos pueblos centrales, fundadores «europeos», y no uno), junto con un sustancial número de alófonos y minorías aborígenes.

Segundo, la escena canadiense centra su atención en los problemas conocidos del apoyo a los grupos, o a los individuos, o a ambos. No hay un curso obvio, lógico por el que guiarse aquí, y es predecible que aquellos que se sientan en riesgo de asimilación sean quienes probablemente adopten la causa colectiva más que aquellos que se sienten más seguros socialmente, y que tienden a defender con fuerza un énfasis sobre el individuo.

Tercero, vemos que las convulsiones canadienses han puesto de relieve cuestiones sobre el estatus de la minoría y de la mayoría. ¿Son los francófonos de Quebec una minoría o una mayoría? Depende obviamente de la amplitud del contexto de discusión, y de la línea del argumento de uno. Pero, si concedemos que la sociedad francófona de Quebec es una minoría (en un Canadá general o, mejor, en el marco Norteamericano), entonces hay otras minorías dentro de Quebec. Lo que más carga política tiene aquí es la cuestión de los derechos de los aborígenes en la provincia —no sólo derechos de «especificidad» de la lengua y la cultura, sino también derechos territoriales, que sin duda continuarán siendo extremadamente contenciosos, particularmente si la separación de Quebec ocurriera.

Cuarto, eventos recientes han presentado un desafío a las políticas federales de bilingüismo y multiculturalismo. Mientras que se ha probado imposible hacer justicia en este tema, uno puede sugerir que los programas de ingeniería social de larga escala —dirigidos, en este caso, a contribuir a la unidad en la diversidad— pueden hundirse en las arenas de la geografía, la actitud y la necesidad (percibida).

En general, entonces, mientras que el marco canadiense es claramente de un gran interés intrínseco, también nos proporciona ilustraciones y ejemplos que, *mutatis mutandis*, tienen una aplicabilidad más amplia. Es, por supuesto, triste pensar que el tipo de cuestiones bajo discusión aquí son puestas más acusadamente de relieve en tiempos de confusión social y cultural —y los expertos no

desearían, presumiblemente, que tal confusión cayese sobre la gente sólo debido a sus propios propósitos académicos. Pero, sería negligente no estudiar eventos que, para mejor o para peor, están ocurriendo ante nosotros. Curiosamente, también, estos «laboratorios de la vida real» nos recuerdan que las fuerzas tratadas aquí (nacionalismo, identidad, política lingüística, derechos humanos) no son tampoco particularmente susceptibles de simulación experimental, ni —más importante— admiten una resolución lógica o científica. Estamos enfrentándonos, en último término, a cuestiones de valor, cuestiones sobre la forma deseada de la sociedad. No hay seguramente respuestas finales aquí, solamente un juego humano sin fin.

BIBLIOGRAFÍAS.

- BALTHAZAR, L.: «Within the black box: reflections from a French Québec vantage point» *American Review of Canadian Studies* 25: 519-541, 1985.
- BRETON, R.: «From ethnic to civic nationalism: English Canada and Québec» *Ethnic and Racial Studies* 11: 85-102, 1988.
- CAHEN, M.: *Ethnicité politique: pour une lecture réaliste de l'identité*. Paris: L'Harmattan, 1994.
- CLOUTIER, E., GAY, J. AND LATOUCHE, D.: *Le virage*. Montréal: Québec-Amérique, 1992.
- EDWARDS, J.: *Language, Society and Identity*. Oxford: Basil Blackwell, 1985.
- «Ethnolinguistic pluralism and its discontents: a Canadian study, and some general observations» *International Journal of the Sociology of Language* 110: 5-85, 1994a.
- «Canadian update, and rejoinder to the comments» *International Journal of the Sociology of Language* 110: 203-219, 1994b.
- «The power of nationalism: the Canadian referéndum of 1992», *Fase, W., Jaspaert, K. and Kroon, S. (eds.), The State of Minority Languages* Lisse: Swets & Zeitlinger, 1995a.
- «Monolingualism, bilingualism, multiculturalism and identity: lessons and insights from recent Canadian experience» *Current Issues in Language and Society* 2: 5-37, 1995b.
- *Multilingualism*. London: Penguin, 1995c.
- «French and English in Canada: before and after the Québec referéndum of October 1995» In WEBER, P. (ed.), *Recent Studies in Contact Linguistics*. Bonn: Dümmler, in press.
- FORTIER, D.: *Annual Report of the Commissioner of Official Languages*. Ottawa: Supply & Services Canada, 1985.

- HAMILTON, R. AND PINARD, M.: «The Québec independence movement», WILLIAMS, C. (ed.), *National Separatism*. Cardiff: University of Wales Press, 1982.
- IGNATIEFF, M.: *Blood and Belonging*. New York: Viking, 1993.
- KYMLICKA, W.: *Multicultural Citizenship*. Oxford: Clarendon, 1995.
- LISÉE, J.-F.: *Le Tricheur: Robert Bourassa et les québécois*. Montréal: Boréal, 1994.
- MILL, J. S.: *Considerations on Representative Government*. London: Dent, 1964 [1861].
- SCHNAPPER, D.: *La communauté des citoyens: sur l'idée moderne de nation*. Paris: Gallimard, 1994.
- SMITH, A.: 1995. *Nations and Nationalism in a Global Era*. Oxford: Polity Press.
- WINSOR, H.: «Many may point at wrong villain» *Globe & Mail* (Toronto), 13 September, 1994.